

OJO DE PEZ

MERCÈ
RODORÉDA
MIRALL
TRENÇAT



Edicions 62 i "Ja Caixa"

LES MILLORS OBRES DE LA LITERATURA CATALANA

Mercè Rodoreda (1905-1983), la novel·lista més important de la literatura catalana contemporània, és l'autora d'obres tan importants com *El jardí dels tindals* (1943), novel·la que és la culminació de la seva producció anterior a la guerra civil. L'exili interrompé la continuïtat de la seva narrativa: *Vans i descomés* (1958) assenyalà la seva reconexió a la literatura catalana, després de la qual, amb *La plaça del Diamant* (1962), assolí l'èxit més clamorós de la novel·la catalana de tots els temps. Seguiran una sèrie de novel·les de recull: *El carrer de les Càmboles* (1964), *La nova Càndida* i *altres contes* (1967), *Ànims trocats* (1974), *Pluges i flors* (1980), *Quinto, quinto guerra...* (1980), etc. *Mirall trencat* és una novel·la d'una gran complexitat i bellesa, i alhora profundament trágica, perquè és la novel·la de la veïnesa i de la mort. I, també, de la reflexió i el secret. Novel·la essencialment poètica, el seu centre és un mite, el de la urtantesa, presentat d'una manera molt conscientment literària. És trista, per tant, d'una novel·la d'una universalitat indiscutible.



Estoy leyendo por tercera vez la novela **Espejo roto**, de Mercè Rodoreda, aunque no soy nada dado a relecturas: me angustia demasiado el paso del tiempo, los muchos libros que me quedan por conocer y la porción de futuro que me resta, la cual, por larga que sea, siempre resultará insuficiente. Insuficiente para leer todo lo que ambicionas leer; para vivir todo lo quieres vivir.

Porque la existencia está tejida en un material de mala calidad que se encoge con el uso, como esas camisetas baratas que metes inadvertidamente en la lavadora y que salen del tamaño de un pañuelo. Del mismo modo, la vida se nos achica a medida que vamos cumpliendo años, y nos aprieta en la sisa y nos clava las costuras en los lomos, y a poco que crezcas se te convierte en una pizca de nada, en un pañuelito, en un retal. La vida es mucho más pequeña que los sueños.

De todo esto habla precisamente Mercè Rodoreda en **Espejo roto**.

Es una novela que se lee una y otra vez sin agotarse, descubriendo en cada ocasión nuevos rincones, nuevas profundidades de horror y maravilla. Porque ésa es la sustancia de este libro: el dolor y la fugaz dulzura de la vida. Cuenta la historia de una familia desde principios de siglo hasta después de la guerra civil, y en sus páginas aparecen y desaparecen los personajes, nacen y mueren, envejecen. Arden en nuestras manos existencias enteras, que se encienden y se apagan entre chisporroteos, como cerillas. Es un libro que quema.

Creo que no he leído jamás una novela en la que el dolor de la memoria se imponga de una manera tan profunda y punzante en el lec-

tor. Ni siquiera Proust o Martin du Gard, poderosos domadores del tiempo, llegan a alcanzar en ese punto, me parece, la fuerza animal de Rodoreda. En **Espejo roto**, los personajes pasan y se desvanecen, pero los objetos, permanecen. Son decenas de objetos cargados de significación y de pasado que entran una y otra vez en nuestro foco visual. A veces, recordamos con exactitud cuándo hemos visto con anterioridad ese jarrón o ese abanico, pero a menudo sólo lo sabemos conocido; nos evoca una emoción tardía, lo recordamos con el corazón y no con la razón, de la misma manera que lo recuerdan los personajes de la novela, del mismo modo que evocamos nuestro propio y auténtico pasado.

Y así, la primera vez que leí el libro, por ejemplo, quedé atrapado en una escena en la que Eladi, uno de los protagonistas, contempla distraídamente la calle a través de una ventana: "De pronto, le invadió una especie de malestar. Un cristal del balcón, en la parte derecha, abajo, tenía un defecto: una burbuja que reflejaba las luces rosas. Aquella tara le traía un recuerdo gris como la tarde, que venía de quién sabe qué profundidades, de quién sabe qué caminos oscuros".

Yo también sentí ante la burbuja, como Eladi, el malestar de un recuerdo borroso e hiriente; y tuve que releer inmediatamente todas las páginas anteriores hasta encontrar la escena en la que aparecía la tara de cristal por vez primera. Era en la juventud de Eladi, en un momento de felicidad y de inocencia, antes de que cayera sobre él (y sobre mí) la maldición del tiempo, el dolor del conocimiento y de la pérdida.